

EL BAÚL DE LA ABUELA

Es un dolor lacerante abrir la puerta de casa. Millones de vivencias y recuerdos acumulados, duermen entre las paredes que siguen conservando el blanco immaculado de cuando mis padres estaban allí.

Desprovista de muebles, como saqueada por una barbarie despiadada, desprende ese olor a olvido que llega hasta lo más profundo de mis tripas.

Sólo queda el “doblao”. Un espacio polvoriento, repleto de trastos inservibles que hemos ido llevando para un “por si acaso”.

—No sé por dónde empezar a desechar.

En el fondo de una de las “trojes” para el grano descubro el baúl de mi abuela. En el frontal aparecen grabadas sus iniciales: I.G. Las mías son las mismas.

Al levantar la tapa, descubro intactas varias piezas de su ajuar: el peinador, de fina Holanda y bordado en blanco con una delicadeza de las que ya no se encuentran; el paño de afeitar del abuelo, esmeradamente rematado con deshilado, aunque con la rudeza de la tela casera de aquellos tiempos; la falda “pariora”, hecha a modo de saco con una abertura en la parte inferior para facilitar el parto sin atentar contra la decencia.

En el fondo encuentro la caja de peinar. Maravillosa portadora de los secretos de afeites de su dueña. Aún conserva una peina negra, un atadero para sujetar el moño, negro también, algunas horquillas para el mismo y una cajita de polvos para el cutis con almohadilla incluida.

Al acercarla a mi nariz vuelvo a percibir su olor, ese que la acompañó durante toda la vida y que pervive en mi memoria.

Ahí quedará. Indeleble, mientras me quede un soplo de vida.

Maribel González

LOS CUENTOS DE LA ABUELA

Hemos vuelto al pueblo. Hay que desalojar la vieja casa de los abuelos. Pronto la tirarán para hacer una nueva vivienda ¡Qué pena! Hemos pasado tantos veranos allí, tantas horas jugando y escuchando las historias de la abuela....

Dando vueltas por la casa, subo al desván, allí hay poco que merezca la pena; casi todo será pasto de las llamas. En un rincón encuentro un pequeño cofre. Tiene echada la llave; no lo puedo abrir. Intento levantarlo del suelo, a pesar de su pequeño tamaño, pesa mucho.

Llamo a mi hermana. Las dos nos morimos de curiosidad ¿qué habrá dentro? Buscamos algo que nos ayude a abrirlo y, por fin, logramos que salte la cerradura.

Son viejos cuadernos. Con las páginas amarillas. En ellos se distingue, sin duda alguna, la letra de la abuela.

Sentadas en el suelo comenzamos a leer: Son cuentos. Los maravillosos cuentos que la abuela nos contaba por las noches, a la hora de dormir. Leyendo uno tras otro, se nos pasan las horas. Oscurece, la luz del sol ya no entra por la pequeña ventana. Dos gruesas lágrimas resbalan por mis mejillas.

María Lázaro

¿QUÉ HAGO CON ÉL?

Tía Petra siempre guardaba el baúl a los pies de su cama. Lo tapaba con una manta trapera y no dejaba que nadie le echara la vista encima a lo que había en su interior.

Nosotras, en nuestros juegos infantiles, imaginábamos mil fantasías, y muchas veces intentamos abrirlo sin resultado, cuando ella se descuidaba. Pero nada, no había forma de abrirlo ni de encontrar la llave. De la habitación de tía Petra nos echaba la abuela a escobazos. Ahora, al cabo de los años, ha aparecido el baúl en el desván de la casa. Está aquí, delante de mí, con la misma nitidez con la que aparecía en mi niñez y desapareció de mi memoria. Hoy, sin embargo, no sé qué hacer con él, si romperlo, o buscar la llave que, al parecer, nadie encontró durante años.

Pilar Alcántara

(¡En qué fallé contigo, hija mía!)

- ¡Papá!
- Hola, cariño.
- ¿Cómo estás?
- Bien, hija. Iba a comer.
- Muy bien. Oye.
- Dime.
- Queeee...
- Buenoooo... ¡qué intriga!... jajaja...
- No, ¡calla!
- ¡Huuuuuy!... Bien, bien, ya callo.
- Es queeee... anoche subí al desván...
- ¿Y?
- ¡Papaaaaaaaa!
- ¿Queeeeeeee?
- ¡Que no había subido nunca!
- ¿Nunca?
- Nunca.
- No lo sabía. ¿Y cómo fue?, ¿Qué te pareció?
- Bueno. Estuve chafardeando un poco...
- ¡Esa es mi hija!... jajajaja...
- ¡No te rías, va!
- Veeeenga, dime.
- Pues que encontré el baúl del abuelo...
- ¿Y qué?
- ¡Cómo que y qué? Pues que estaba lleno de muñecas. Había muchísimas. Todas muy bien colocadas. A ninguna le faltaba su vestidito. Monísimas. También había unas cajas con más vestidos, repletas de vestidos, muy variados. Muy bien ordenados. Eran preciosos. Algunos incluso, diría que hechos a mano.
- Sí, el abuelo era muy cuidadoso con esas cosas.
- Pero...
- Pero ¿qué?
- Papá.
- Dime, cariño. ¡Hoy estás muy enigmática!
- ¿Te puedo preguntar una cosa?
- Claro, hija, dime.
- ¿El abuelo era gay?

Jordi Fornos Vicens

PAPÁ SIEMPRE QUISO SER MARINO MERCANTE

Carmen dejó por fin, la pereza aparcada en casa para resolver de una vez por todas el tema de la herencia del abuelo. Ningún favor le había hecho el difunto centenario nombrándola albacea testamentaria de sus bienes. El viejo siempre había sido un hombre autoritario que ejercía un poder incuestionable sobre su mujer y su amplia prole. Hacía y deshacía a su antojo, manejando los destinos de la familia. Nada se movía si no era con la aprobación de aquel hombre severo y desmedido, poco dado a los afectos. Ahora le tocaba a ella, la nieta mayor, mediar en los conflictos y arbitrar formas para que el patrimonio quedara a buen recaudo siguiendo las instrucciones que el abuelo había dejado escritas. Lo primero sería enfrentarse al desalojo de la mansión familiar. Antes de que llegara el personal encargado de llevarse los enseres, Carmen hizo un detenido recorrido por las estancias de aquella casa solariega construida a finales del siglo XIX, marcada por un pasado de esplendor. Había muebles y objetos decorativos de valor que ninguno de los herederos quería para sí. Todo sería vendido en una subasta pública.

Estaba cayendo la tarde cuando Carmen dejó de dar vueltas por la casa para emprender el ascenso al desván. Los escalones de madera crujían a su paso formando un concierto de quejidos que a ella le parecieron las voces de sus antepasados reprochándole el olvido al que los iban a someter. Las telarañas se habían hecho las dueñas absolutas de aquel espacio donde se mezclaban objetos inservibles con viejos catres y alguna cuna.

Junto al ventanuco yacía desvencijada una mecedora y delante, sirviendo de reposapiés, un baúl de herrajes oxidados. Carmen sacudió el polvo de la mecedora y se sentó. Movida por la curiosidad levantó, no sin esfuerzo, la tapa del antiguo baúl y removió el contenido. Había ropa de mujer perfectamente doblada y protegida por lo que en algún tiempo pudieran ser bolitas de alcanfor, una caja de música cuya bailarina danzaba al ritmo de un vals vienés, custodiando una colección de hojas y flores secas que ocultaban una foto familiar. Más allá, en una esquina, otra caja repujada en cuero marrón albergaba una petaca, un reloj de bolsillo, una brújula, una pipa y una colección de plumas estilográficas. Al levantar el estuche que portaba las plumas, Carmen se topó con un sobre cuyo membrete oficial del Ministerio de la Marina destacaba en el ya amarillento papel.

Llevada por su curiosidad tomó el sobre y lo acercó a la luz. Extrajo la hoja contenida en él y leyó en voz alta aquella misiva fechada en abril de 1957.

«...Por la presente le hago saber que su hijo, Juan González Macías, ha sido seleccionado para cursar los estudios de Marino Mercante en la Academia Militar de El Ferrol. Con fecha 1 de septiembre tendrá que presentarse en la Academia para formalizar su estancia»

Carmen dejó de leer, dobló con cuidado la carta y la metió en un bolsillo de su chaqueta. En ese momento decidió que, en honor a su difunto padre, sería el único recuerdo que se llevaría de la casa de sus abuelos.

Abandonó el desván y bajó la escalera pensativa. «No puede ser que el abuelo ocultara la carta» —se dijo. «Papá siempre quiso ser marino mercante»

María J. Llanos.

EL MISTERIO DEL BAÚL

Rosa llevaba mucho tiempo con la ilusión de ir unos días al pueblo donde nació.

Se dirigió al lugar, hacia aquella casa grande y vieja. Todo era nuevo. Una tarde subió al desván donde de pequeña se pasaba las horas buscando entre los enseres que allí se guardaban. Encontró el libro que su madre no había querido nunca que leyera hasta que se hubiera hecho mayor. Estaba escondido debajo de unas tablas sueltas en el suelo del altillo. Al quitar las tablas, descubrió un hueco en el que apareció el baúl de su madre.

Era de tamaño mediano, con remaches de oro donde guardaba su ajuar. Llevaba años intentando encontrarlo y ¡mira dónde estaba! Al abrirlo, no pudo evitar que de sus ojos resbalaran unas lágrimas. En su interior se escondían los tesoros de su madre: la diadema de su boda, un espejo roto, fotos de sus hijos, la máscara de carnaval, la pipa Vauen que utilizaba y que aún conservaba el olor a tabaco y en el fondo, el mantón de Manila negro. Al sacarlo, algo cayó al suelo. Se trataba de un puñal viejo.

En esos momento, la luz se apagó en un susurro y una voz de ultratumba, le gritó:

—¿Quién te da permiso para hurgar en el pasado familiar?

Una sombra se apoderó del viejo baúl esfumándose junto a él, sin que ella pudiera hacer nada.

Joaquina Campón

LA DIMENSIÓN OSCURA

(Un homenaje a H. P. Lovecraft)

Harriet aún se sentía apenada por la muerte de su bisabuela. Tras ciento siete años de vida había quedado un bello recuerdo entre todos sus descendientes.

A ella, su bisnieta más querida, le había dejado en herencia su antigua casa victoriana de las afueras de Providence, aquella mansión donde tan buenos momentos de su infancia habían quedado grabados en su densa atmósfera y en la memoria de la heredera.

Su bisabuela Abigail mantuvo una buena amistad con el gran escritor Howard Phillip Lovecraft, el creador de sórdidos universos interestelares y primordiales, quien, según ella, antes de morir, le había dejado para su custodia, un extraño baúl cubierto por grabados de seres terribles que aparecían en sus famosos relatos de terror.

Lo primero que hizo la mujer fue acceder al desván y dirigirse hacia el extraño baúl. Le costó abrirlo. Al parecer hacía demasiado tiempo que nadie había reparado en el objeto. Estaba vacío. Introdujo sus manos para escudriñar el fondo en busca de algo que pudiese estar oculto en alguno de sus rincones. De pronto se vio absorbida, entró en un vórtice, en un túnel indescriptible que la hacía desplazarse a una velocidad vertiginosa.

Al final se detuvo. El paisaje que la rodeaba era desconocido e inimaginable para un cerebro racional, un lugar de estética absurda y espantosa, repleto de seres horribles y monstruosos y que superaban cualquier descripción del horror. De entre ellos apareció un hombre alto, enjuto, de aspecto serio. Ella lo reconoció enseguida, no en vano había leído la mayor parte de su obra. El genio de Providence se acercó a Harriet y le habló.

—Abigail sabía que lo que escribí era cierto. Ahora tú lo estás comprobando. Da media vuelta y regresa al mundo humano. No intentes venir aquí de nuevo. A Ellos no les gusta que los hombres sepan de su existencia. Se apoderarían de ti como lo hicieron conmigo por revelar sus misterios. Destruye el baúl para que no vayan hasta vosotros.

Harriet giró y en un instante se halló otra vez en el desván.

Obedeció a Lovecraft, quemó el baúl y esparció sus cenizas por los campos cercanos. Desde entonces, en sus sueños aparecen con frecuencia aquellas imágenes terribles de la dimensión oscura que visitara, amenazando con romper el cada vez más frágil equilibrio de su mente y de su espíritu. Era algo con lo que tenía que luchar desde aquella fatídica experiencia, además del temor constante porque en algún instante la arrebataran del mundo material para llevarla con Ellos hasta aquellas estepas apesadas por los horrores sin nombre.

Vicente Rodríguez Lázaro

EL BAÚL

No sé qué me llevó aquella mañana a hacer limpieza en el desván. A pesar de carecer de ventanas, cuando abrí la puerta, el sol caía sobre nuestras pertenencias y les daba un aire dorado a todas las cosas. Aparté unas viejas cortinas y allí estaba el baúl, nuestro baúl.

Hacía veinte años al menos que no lo abría y, cuando lo hice, dentro se agitaba el mar. A un lado, junto a las bisagras, se hallaba la orilla. Tú acarreabas, sorteando las olas, cubos de agua, mientras yo me afanaba en amontonar arena para después construir juntos el castillo más grande de la playa. Mamá nos vigilaba desde la hamaca. De papá no sabíamos nada, pero se respiraba una brisa tranquila. No lo veíamos desde al menos tres veranos.

Solo apareció cuando el accidente y después ya no lo vi más. A veces, un coche y una bicicleta son una cruel combinación. Intenté cerrar el baúl. Albergaba demasiados recuerdos, toda nuestra infancia. Antes de bajar la tapa del todo, una ola anegó el suelo de cemento. El agua se desbordaba por las escaleras.

Soledad García Garrido

RECUERDOS

Después de cuarenta años, volvemos al paraíso.

Un paisaje desolado envuelve al castillo medieval de la familia. Se lo ha dejado a sus seis nietos, porque nosotros, sus hijos, no hemos vuelto a saber el uno del otro, por culpa de las ambiciones desmedidas. Todo esto me es indiferente. Solo quiero volver a mi casa y no saber nada más de ellos, los detesto.

El notario nos contó que había una recompensa que había ocultado el abuelo. Él era así, y continúa jodiendo hasta el final, por lo que veo.

Yo no he querido mirar atrás, pero un cosquilleo me ha arrastrado hasta aquí. Han entrado como locos al castillo, parecen unos salvajes. Mientras tanto, voy a mi rincón secreto, un jacarandá enorme que me cobijaba en los días malos.

¡Qué recuerdos! En un hueco del árbol dejábamos notas a los amigos y nos divertíamos con las tonterías que escribíamos.

Increíble, hay una nota que me apresuro a leer: «Sabía que vendrías a este rincón, debajo de este árbol está mi baúl. Te lo cedo a ti, mi pequeña princesa. Ahí están vuestros recuerdos, vuestras fotos, vuestros dibujos. Además, encontrarás la dirección de un banco y ya no volverás a tener problemas nunca más. Siento haber sido tan duro contigo, pero eras la mejor».

María S. Durán Bravo

EFÍMERA

Desde niña había oído hablar del baúl de sus ancestros, y ahora, en el desván de la casa abandonada de los abuelos, lo tenía delante. Había sido fácil encontrarlo, de hecho, lo recordaba en ese mismo lugar, presidiendo sus juegos infantiles, hasta que consideró que a su edad no era propio andar fantaseando entre cachivaches viejos y polvorientos. Comenzó entonces con otras actividades más propias de jovencitas de buena familia, que la arrastraron a la espiral de una vida adulta salpicada por los coágulos indelebles de las decepciones.

Lo abrió con temor, como si adivinara lo que se escondía tras las maderas desvencijadas. Escapó del fondo de las sombras una mariposa blanca que, con vuelo tembloroso, se posó en su cabeza. En ese instante sintió, quizás por primera y única vez en su vida, toda la dicha condensada en una gota de tiempo, lo que la mariposa tardó en salir por la ventana, atraída por el rastro de la luz de la mañana, para ser engullida sin piedad por un pájaro de plumaje gris, como si supiera que ese era su destino inevitable.

Víctor M. Jiménez Andrada

LAS CARTAS DE AMOR

La tía Lucía de la que había heredado su nombre y, según decían todos, su mirada y su energía, había muerto.

Tuvo que volver a la ciudad para hacerse cargo de sus cosas... ¡Cuántos años le separaban de aquellos veranos cálidos en compañía de esa mujer amable, divertida, entrañable..., encantadora!

Ahora se daba cuenta de que tenía que haber regresado antes de que el paso del tiempo se hubiera vuelto irremediable.

Cuando, por fin, las vecinas y amigas se fueron empezó a vagar por las diferentes estancias de la casa y, sin saber cómo, sus pasos le condujeron escaleras arriba, al polvoriento desván de sus juegos infantiles. Un olor, a tiempo detenido y ausencias pasadas, le impregnó el olfato. Cuando los ojos se habituaron a la oscuridad sintió que los latidos de su corazón se aceleraban... Ahora sabía por qué había subido... el viejo baúl estaba allí, el que siempre aparecía en sus sueños, aquellos de los que despertaba cuando casi conseguía abrirlo. ¿Qué contendría?

Muchos años atrás su tía Lucía le había sorprendido intentando torpemente dar la vuelta a la llave. Hoy, oxidada y misteriosa, seguía en la cerradura y nadie le impediría descubrir su contenido polvoriento y olvidado.

Sonó un clic y el pestillo cedió... cartas, infinitas cartas, cartas de amor, con un solo remitente, el padre de Lucía. Y una destinataria, su tía materna, la que se quedó sola, la que nunca perdió la sonrisa, la que cambió su felicidad por la de su hermana pequeña.

Se sentó con tranquilidad y sacó el primer paquete atado con una cinta azul. Tenía todo el tiempo del mundo. Y nadie iba a interrumpirla esta vez.

Concha Ibáñez Montero

LA ÚLTIMA PÁGINA

«Tres de noviembre. Estoy muy contenta. Han desaparecido todos los dolores. Parece que las gotas que me da Joaquín, para que duerma bien y desaparezcan esas terribles punzadas en mi estómago, hacen su efecto. Hace días que no veo a mi hijita, Clara. Seguro que la cuidan muy bien. Asunción es una chica joven y fuerte, le dará el pecho hasta hartarla, además se lleva de maravilla con Joaquín. Mañana empezaré un nuevo cuaderno. Tengo que acordarme de preguntarle por qué se levanta todas las noches. ¿O es que lo sueño, con ese sopor que me entra?»

Una espantosa duda asaltó a Clara cuando cerró el cuadernillo lleno de polvo que encontró en el baúl.

Tres meses antes, su abuela Asunción había muerto.

Ángel R.G.

CRIMEN SIN RESOLVER

El día había sido sofocante y bastante interesante, aunque también agotador. La joven mujer había llegado a casa de su abuela mucho más tarde de lo normal, quería dormir, pero por alguna extraña razón no podía conciliar el sueño.

Con movimientos lentos y pesados decidió levantarse y caminar un poco por los enormes pasillos, para ver si se cansaba. Los recorrió una y otra vez de arriba abajo hasta que descubrió que le iba a ser imposible dormir en toda la noche, la adrenalina de la tarde aun invadía su cuerpo.

Se dirigió hasta las escaleras del desván y subió, le encantaba aquel lugar silencioso y oscuro donde podía dar rienda suelta a su siniestra imaginación sin que nadie la molestase. Caminó entre los múltiples objetos hasta que llegó a su sección favorita, la de los baúles y maletas, allí había de todo; recordó que cuando era pequeña solía jugar a ser detective y cada objeto que encontraba era la prueba de un crimen diferente, cuánto habían cambiado las cosas desde entonces.

Se acercó un poco más a los baúles, había de todos los tamaños, de todos los colores y olores. Conocía todos y cada uno de ellos, los había investigado muchas veces, todos, menos uno. Uno no muy grande de madera carcomida y con pinta de tener años, sus ojos fueron directamente hasta él, la curiosidad la inundó y su afilada sonrisa se ensanchó como la de un niño a punto de hacer una travesura.

Intentó abrir el baúl, a golpes incluso, pero nada, era más resistente de lo que parecía. Al final, después de mucho rato inspeccionándolo descubrió que tenía una cerradura hueca, por la que podía mirar al interior, no se demoró mucho en hacerlo.

Lo que vio la dejó anonadada, jamás hubiera imaginado algo así, era algo que en aquella casa no tenía sentido.

En el baúl había cuatro dedos, algunos mechones de pelo negro y cartas viejas de papel mohoso.

—No eres la única con secretos oscuros querida—. Susurró la abuela, la cual había llegado sin hacer el menor ruido, sostenía una vela cerca de sus profundos ojos claros haciéndolos ver desmesurados, llenos de locura.

Marta López Castaño.

Adriana daba pasos torpes sobre la chirriante madera del desván de la casa familiar, abandonada desde hacía años. Turbada por la penumbra y el olor añejo, buscaba colchas y ropa de invierno para abrigarse —pues, a pesar del cálido día de verano que inundaba el exterior, en la casa reinaba un vacío gélido que le entumecía los dedos de los pies— entre las decenas de bultos amontonados y cubiertos de sábanas de polvo. Creyendo haber localizado la caja acertada encima de una alacena, arrastró una deslucida silla de madera y se subió para tratar de alcanzarla.

Unas perlitas de rocío sobre el asiento provocaron que las suelas lisas de las sandalias de EVA de Adriana se deslizaran y la hicieran caer; eso fue culpa de la humedad.

Un pesado baúl de roble cayó de la alacena y golpeó la cabeza de Adriana, ya en el suelo, y le provocó una severa fractura craneoencefálica: eso fue mala suerte.

Del baúl abierto salieron las botas de suela de caucho con las que la abuela de Adriana cruzó los Pirineos en 1964, cuyo buen agarre habría evitado el resbalón y que también hubieran sido ideales para calentarse los pies; eso fue una paradoja de mal gusto.

Princesa de Biblioteca

LA TOALLA DE BARQUITOS

Lo primero que vi al subir la tapa del viejo baúl de la abuela fue una toalla de playa que reconocí al instante. Era de color amarillo plátano y cada poco tenía la imagen de un barquito azul sobre cuatro líneas onduladas que simulaban el mar. Era de mi hermana, aunque en realidad yo la usaba tanto como ella siempre que la veía libre. Eso sí, como propietaria, ejercía su derecho de tener que solicitarle formalmente el préstamo, sin poder saltarme ese ritual ni una sola vez, aunque la viera ondear libre en el cordel de la ropa mientras se secaba y saber de antemano que ella no la iba a utilizar. Se la regaló su madrina en su decimoquinto cumpleaños. Han pasado casi cuarenta años de eso. Ahora estaba estirada tapando el montón de cachivaches que siempre había habido en ese baúl. Puedo intuir bajo ella formas dispares de otros objetos que mi madre depositaba allí porque no se atrevía ni a tirarlos ni a tenerlos a la vista. Era el legado de una abuela a la que nunca conocimos pero que la nombrábamos muchas veces refiriéndonos a ese contenedor de sentimientos familiares. Yo había indagado en él muchas veces durante las largas siestas de aquellos veranos interminables cuando no nos dejaban bajar al río. Me entretenía observando las caras hieráticas de las fotos de mis antepasados, enmarcadas en unos portarretratos de madera con recovecos tan diminutos que creo que nunca se podría remover de ellos todo el polvo que albergaban; o sacaba aquel jarrón regalo de bodas de mis padres que era horrible y que nunca fue despojado totalmente de su envoltorio. Por una de las esquinas, que la toalla no llegaba a tapar totalmente, asomaba una rama del árbol de navidad de plástico que llevaba dormido allí los últimos diciembrees porque la enfermedad de mamá ya no le daba fuerzas para montarlo y desmontarlo. Estoy segura que si me hubiera atrevido a levantar la toalla encontraría junto a él la bolsa con los adornos, con sus bolas, las cintas y los angelitos de todos los años. Me imagino a mamá colocando la toalla encima de todo aquello a modo de muro de contención y me pregunto si al hacerlo pensaría en lo que yo sentiría al descubrirlo a solas. Muy sola.

Ángela Velasco Bello

EL BAÚL

Hacía años que no subía a aquel desván.

Al entrar, una oleada de recuerdos la invadió, y la sensación de frío – pese a ser verano – volvió. Allí estaba. No era tan enorme como lo recordaba, ni tan bonito. Ahora le parecía un simple baúl.

Se acercó con recelo, pero decidida a abrirlo. El candado que impedía su apertura años atrás había desaparecido. Agarró la tapa con cuidado y la abrió lentamente. El olor la inundó. Era intenso, húmedo, espeso. Una mezcla difícil de describir, pero absolutamente embriagadora. Y entonces la vio. La fina capa de polvo que la cubría no dejaba ver su brillo, pero estaba segura de que era esa. Su padre la había guardado durante tanto tiempo que había muerto sin poder llegar a disfrutarla, y ella no estaba dispuesta a que le pasara lo mismo. Así que la cogió con ansia y pensó: «Al fin y al cabo, él siempre decía aquello de que *a nadie le hace daño el vino si se toma con tino*».

Milagros Fernández Gundín

EL ARCÓN DE MADERA

Ella se había marchado con el alba dejando tras de sí el recuerdo que su halo proyectaba en la mente de su nieta. Siempre habían sentido una conexión especial la una con la otra. Ahora más que nunca, cuando recorría su vieja casa por última vez y guardaba aquellos enseres que quería conservar como recuerdo.

Todo en aquella estancia olía a ella, a su vida solitaria. Al misterio de la desaparición de su abuelo, que la abandonó cuando ya se cansó de gritarle y de abusar de sus silencios y su actitud prepotente y altanera, dejando las huellas de la tristeza infinita grabadas para siempre en su piel a modo de cicatrices vergonzosas que se afanaba por ocultar.

Subió al desván y retiró todos los trastos viejos que acumulaban, además de polvo, una inmensidad de años olvidados y allí, en un rincón, en un remoto escondite, apareció el arcón de madera que llevaba un reguero de años rancios tras de sí.

Lo abrió despacio, esperando encontrar los tesoros acuñados durante todos los instantes solitarios que su abuela guardó con verdadero celo.

Un olor nauseabundo inundó el pequeño trastero, llenando el ambiente con el eco plomizo de un pasado sórdido: los huesos de su abuelo descansaban para siempre en el sueño eterno, con un puñal alojado en el hueco gris donde nunca latió un corazón.

Cora Ibáñez